



**GEMSEMANI**

***"La llamada universal a la  
santidad"***



***"El Amor no es amado"***

Nº 2 - Noviembre de 2013

# EDITORIAL

---



Queridos hermanos de Getsemaní:

Celebramos en este mes, que es el mes de los Santos (no como dicen algunos, el mes de los difuntos) nuestra llamada a la Santidad. Esta llamada a la Santidad no es una idea general, o algo que sabemos pero que "nos pilla lejos", sino que ha de ser el motor de nuestro día a día, como lo ha sido de tantos hermanos nuestros que nos han precedido y viven ya la unión plena con el Señor. Siempre se me viene a la cabeza la sencillez con la que los pastorcitos de Fátima le preguntaban a la Virgen "¿Voy a ir al Cielo?"

Esta Fe en la vida eterna nos ha de llevar a vivir con un gozo especial, el de saber relativizar nuestras dificultades en la tierra, caminando con tantos hermanos nuestros, los de aquí y los que han vivido antes que nosotros, pero también con una responsabilidad, "que no se pierda ni uno de los que nos han dado", especialmente nuestros hijos y nuestros hermanos de Getsemaní, para que finalmente lleguemos a formar parte de esa asamblea preciosa de los 144.000 que viven en el Corazón de Dios para siempre.

En este caminar juntos hemos de ayudarnos continuamente de nuestro alimento de Salvación que es la Eucaristía, Jesús mismo que se nos da, y a nosotros especialmente en la llamada a estar con él en la noche. Vamos a cuidar muy especialmente este año la fidelidad a esta llamada inequívoca que el Señor nos hace en Getsemaní.

Y finalmente contamos con nuestra Madre la Virgen, que cuando los pastorcitos le preguntaron dijo: "Soy del Cielo". Que ella nos ayude a entender que nosotros y todo lo nuestro, somos del cielo, y que nos ayude a vivir con esta dignidad, gustando anticipadamente de este cielo en la tierra: la civilización del amor.

Pidamos unos por otros para que seamos fieles y nos ayudemos a vivir nuestros compromisos, a no quitar nuestra mirada del Cielo en este camino de Santidad, en este mes precioso que culmina con la fiesta tan nuestra de Cristo Rey, rey de nuestras vidas, de nuestro Movimiento y de nuestras familias.

Muy unidos en los Corazones de Jesús y de María, como nos decía Munilla en Salamanca, "inos vemos en la Eucaristía!"

Fernando Fdez.

## **"OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN ..." (Jer. 3, 15)**

---

¡Queridos hermanos de Getsemaní!

Cuentan que un día a santo Tomás de Aquino le preguntó su hermana qué hacía falta para ser santo; a lo que el santo respondió: **"para ser santo tres cosas son menester... querer, querer y querer"**.

Esta frase atribuida a santo Tomás de Aquino, el gran teólogo de la Iglesia Católica, puede dar la impresión de que la santidad es el fruto de nuestro esfuerzo, de nuestro querer humano. Todos sabemos, como dijo el Señor que "sin Mí no podéis hacer nada", pero es verdad que muchas veces lo que falta en nosotros es verdadero deseo de santidad.

Acordaos de lo que dice san Ignacio al comenzar los Ejercicios espirituales: **"al que rescibe los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene se sirva conforme a su santísima voluntad"**. El Señor quiere darnos su misma santidad pero hace falta que

nosotros lo deseemos de verdad, **ofreciéndole todo nuestro querer**, fijaos, la misma expresión de santo Tomás, y **libertad**. Nosotros cada día rezamos el Ofrecimiento de Obras, que también tiene una palabrita que nos recuerda esta necesidad de querer la santidad: "para que ofrezcamos **de veras** nuestras personas y obras por la Redención del mundo".

Este curso pastoral en nuestra diócesis de Toledo tiene ese lema tan rico de contenido: "Hemos encontrado al Mesías. Llamados a la santidad". Es la Iglesia, nuestra Madre, la que nos vuelve a recordar esta llamada fundamental. Fue también la gran llamada del Concilio vaticano II en su Constitución sobre



la Iglesia, Lumen gentium: *"Los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, **mediante la fidelidad en el amor**, deben sostenerse mutuamente en la gracia a lo largo de toda la vida e inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de **un incansable y generoso amor**, contribuyen al establecimiento de la **fraternidad en la caridad** y se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia, como **símbolo y participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a Sí mismo por ella**".*

Cuando el Concilio se dirige a los laicos **empieza por los esposos y padres**. Luego irá mencionando a los diversos estados y circunstancias para acabar diciendo: *"Por tanto, **todos los fieles cristianos**, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo"*

Queridas familias de Getsemaní, queridas viudas, queridos jóvenes y niños, queridos enfermos, queridos trabajadores y estudiantes, queridos jubilados, queridos hermanos en situación de paro laboral, todos estamos llamados por el Señor a participar de su Amor, de ese Amor con el que él se entregó en la Cruz y se sigue entregando en cada misa, en cada sagrario.

Y una última observación que viene a resaltar el otro aspecto de nuestra tarea de santificación: tenemos que dejarnos en las manos de Dios. Muchas veces nos lo ha recordado el P. Mendizábal. La santidad consiste en DARSE Y DEJARSE. Lo dice muy bien el Concilio en el último texto que os indicaba. *"Se santificarán más...**si aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran...**".* ¿Veis? Hay que darse, hay que entregarse, hay que ofrecer nuestro querer y libertad...pero también hay que dejarse, hay que aceptar y colaborar, hay que confiar en los momentos oscuros y volver a repetir "Abbá", no lo que yo quiero sino lo que quieras Tú, hágase en mí, Corazón de Jesús, me fío de Ti.

Con mi afecto y disponibilidad, vuestro consiliario en Su Corazón.

José Anaya Serrano

# JMJ 2013 - RÍO DE JANEIRO

---

*De la JMJ de Río se ha hablado y se hablará mucho, que si el Papa Francisco ha dicho o no ha dicho, que si un record de tres millones de jóvenes, que si esto que si lo otro... pero antes de la celebración de la JMJ, el Papa emérito Benedicto XVI escribió, en noviembre, una carta preparatoria dirigida a los jóvenes de la que quiero sacar a la luz varios párrafos que sintetizan las principales ideas. Aunque tiene un destino específico para ellos, cuando la leáis, podéis sustituir la palabra "jóvenes" por "matrimonios", "familias", "personas" "yo"... El papa nos indica claramente cuál debe ser nuestro devenir en la Iglesia. No quiero distorsionar el mensaje sólo alentaros- alentar a todos a perder ese miedo, a atrevernos a dar a los alejados e incluso a los más cercanos ese runrun que tenemos dentro y que nos quema, pero no somos capaces de transmitir.*

*Julio Cuervo*

## *Callo yo, que hable el Papa:*

"La historia nos ha mostrado cuántos jóvenes, por medio del generoso don de sí mismos y anunciando el Evangelio, han contribuido enormemente al Reino de Dios y al desarrollo de este mundo. Con gran entusiasmo, han llevado la Buena Nueva del Amor de Dios, que se ha manifestado en Cristo, con medios y posibilidades muy inferiores con respecto a los que disponemos hoy.

Pero hay muchos jóvenes hoy que dudan profundamente de que la vida sea un don y no ven con claridad su camino. Ante las dificultades del mundo contemporáneo, muchos se preguntan con frecuencia: ¿Qué puedo hacer? La luz de la fe ilumina esta oscuridad, nos hace comprender que cada existencia tiene un valor inestimable, porque es fruto del amor de Dios. Él ama también a quien se ha alejado de él; tiene paciencia y espera, es más, él ha entregado a su Hijo, muerto y resucitado, para que nos libere radicalmente del mal. Y Cristo ha enviado a sus discípulos para que lleven a todos los pueblos este gozoso anuncio de salvación y de vida nueva.

En su misión de evangelización, la Iglesia cuenta con vosotros. Queridos jóvenes: Vosotros sois los primeros misioneros entre los jóvenes.

Esta llamada misionera se os dirige también por una razón: Es necesaria para vuestro camino de fe personal. El beato Juan Pablo II escribió: «La fe se refuerza dándola», Al anunciar el Evangelio vosotros mismos crecéis arraigándoos cada vez más profundamente en Cristo, os convertís en cristianos maduros. El compromiso misionero



es una dimensión esencial de la fe; no se puede ser un verdadero creyente si no se evangeliza. El anuncio del Evangelio no puede ser más que la consecuencia de la alegría de haber encontrado en Cristo la roca sobre la que construir la propia existencia. Esforzándoos en servir a los demás y en anunciarles el Evangelio, vuestra vida, a menudo dispersa en diversas actividades, encontrará su unidad en el Señor, os construiréis también vosotros mismos, creceréis y maduraréis en humanidad.

¿Qué significa ser misioneros? Significa ante todo ser discípulos de Cristo, escuchar una y otra vez la invitación a seguirle, la invitación a mirarle: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

Un discípulo es, de hecho, una persona que se pone a la escucha de la palabra de Jesús, al que se reconoce como el buen Maestro que nos ha amado hasta dar la vida. Por ello, se trata de que cada uno de vosotros se deje plasmar cada día por la Palabra de Dios; ésta os hará amigos del Señor Jesucristo, capaces de incorporar a otros jóvenes en esta amistad con él.

Os aconsejo que hagáis memoria de los dones recibidos de Dios para transmitirlos a su vez. Aprended a leer vuestra historia personal, tomad también conciencia de la maravillosa herencia de las generaciones que os han precedido: Numerosos creyentes nos han transmitido la fe con valentía, enfrentándose a pruebas e incomprensiones. No olvidemos nunca que formamos parte de una enorme cadena de hombres y mujeres que nos han transmitido la verdad de la fe y que cuentan con nosotros para que otros la reciban. El ser misioneros presupone el conocimiento de este patrimonio recibido, que es la fe de la Iglesia. Es necesario conocer aquello en lo que se cree, para poder anunciarlo.

Como escribí en la introducción de *YouCat*: «tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión»

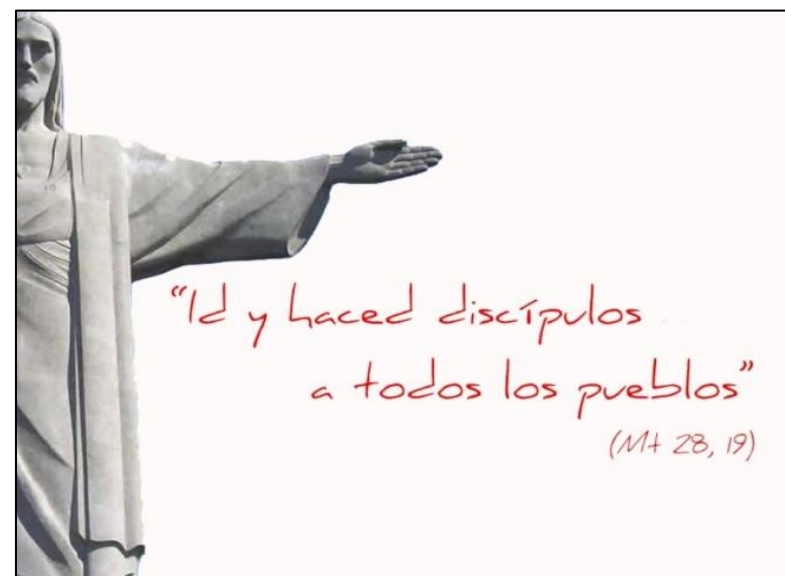
Jesús envió a sus discípulos en misión con este encargo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará» (Mc 16,15-16). Evangelizar significa llevar a los demás la Buena Nueva de la salvación y esta Buena Nueva es una persona: Jesucristo. Cuando le encuentro, cuando descubro hasta

qué punto soy amado por Dios y salvado por él, nace en mí no sólo el deseo, sino la necesidad de darlo a conocer a otros. Al principio del Evangelio de Juan vemos a Andrés que, después de haber encontrado a Jesús, se da prisa para llevarle a su hermano Simón.

La evangelización parte siempre del encuentro con Cristo, el Señor. Quien se ha acercado a él y ha hecho la experiencia de su amor, quiere compartir en seguida la belleza de este encuentro que nace de esta amistad. Cuanto más conocemos a Cristo, más deseamos anunciarlo. Cuanto más hablamos con él, más deseamos hablar de él. Cuanto más nos hemos dejado conquistar, más deseamos llevar a otros hacia él.

Por medio del bautismo, que nos hace nacer a una vida nueva, el Espíritu Santo se establece en nosotros e inflama nuestra mente y nuestro corazón. Es él quien nos guía a conocer a Dios y a entablar una amistad cada vez más profunda con Cristo; es el Espíritu quien nos impulsa a hacer el bien, a servir a los demás, a entregarnos. Mediante la confirmación somos fortalecidos por sus dones para testimoniar el Evangelio con más madurez cada vez. El alma de la misión es el Espíritu de amor, que nos empuja a salir de nosotros mismos, para «ir» y evangelizar. Queridos jóvenes, dejasos conducir por la fuerza del amor de Dios, dejad que este amor venza la tendencia a encerrarse en el propio mundo, en los propios problemas, en las propias costumbres. Tened el valor de «salir» de vosotros mismos hacia los demás y guiarlos hasta el encuentro con Dios.

Pienso que a menudo habéis experimentado la dificultad de que vuestros coetáneos participen en la experiencia de la fe. A menudo habréis constatado cómo en muchos jóvenes, especialmente en ciertas fases del camino de la vida, está el deseo de conocer a Cristo y vivir los valores del Evangelio, pero no se sienten idóneos y capaces. ¿Qué se puede hacer? Sobre todo, con vuestra cercanía y vuestro sencillo testimonio



abris una brecha a través de la cual Dios puede tocar sus corazones. El anuncio de Cristo no consiste sólo en palabras, sino que debe implicar toda la vida y traducirse en gestos de amor. Es el amor que Cristo ha infundido en nosotros el que nos hace evangelizadores; nuestro amor debe conformarse cada vez más con el suyo.

Ante las dificultades de la misión de evangelizar, a veces tendréis la

tentación de decir como el profeta Jeremías: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que sólo soy un niño». Pero Dios también os contesta: «No digas que eres niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene» (*Jr* 1,6-7). Cuando os sintáis ineptos, incapaces y débiles para anunciar y testimoniar la fe, no temáis. La evangelización no es una iniciativa nuestra que dependa sobre todo de nuestros talentos, sino que es una respuesta confiada y obediente a la llamada de Dios, y por ello no se basa en *nuestra* fuerza, sino en la *suya*. Esto lo experimentó el apóstol Pablo: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (*2Co* 4,7).

Por ello os invito a que os arraiguéis en la oración y en los sacramentos. La evangelización auténtica nace siempre de la oración y está sostenida por ella. Primero tenemos que hablar con Dios para poder hablar de Dios. En la oración le encomendamos al Señor las personas a las que hemos sido enviados y le suplicamos que les toque el corazón; pedimos al Espíritu Santo que nos haga sus instrumentos para la salvación de ellos; pedimos a Cristo que ponga las palabras en nuestros labios y nos haga ser signos de su amor. En modo más general, pedimos por la misión de toda la Iglesia, según la petición explícita de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9,38). Sabed encontrar en la eucaristía la fuente de vuestra vida de fe y de vuestro testimonio cristiano, participando con fidelidad en la misa dominical y cada vez que podáis durante la semana. Acudid frecuentemente al sacramento de la reconciliación, que es un encuentro precioso con la misericordia de Dios que nos acoge, nos perdona y renueva nuestros corazones en la caridad. No dudéis en recibir el sacramento de la confirmación, si aún no lo habéis recibido, preparándoos con esmero y solicitud. Es, junto con la eucaristía, el sacramento de la misión por excelencia, que nos da la fuerza y el amor del Espíritu Santo para profesar la fe sin miedo. Os aliento también a que hagáis adoración eucarística; detenerse en la escucha y el diálogo con Jesús presente en el sacramento es el punto de partida de un nuevo impulso misionero.

Si seguís por este camino, Cristo mismo os dará la capacidad de ser plenamente fieles a su Palabra y de testimoniarlo con lealtad y valor.

Queridos jóvenes, para permanecer firmes en la confesión de la fe cristiana allí donde habéis sido enviados, necesitáis a la Iglesia. Nadie puede ser testigo del Evangelio en solitario. Jesús envió a sus discípulos a la misión en grupos: «Haced discípulos» está puesto en plural. Por tanto, nosotros siempre damos testimonio en cuanto miembros de la comunidad cristiana; nuestra misión es fecundada por la comunión que vivimos en la Iglesia, y gracias a esa unidad y ese amor recíproco nos reconocerán como discípulos de Cristo.

Benedicto XVI



# FORMACIÓN. CONCILIO VATICANO II

---

## CAPÍTULO V: UNIVERSAL VOCACIÓN A LA SANTIDAD EN LA IGLESIA

39. La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado «el único Santo», amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. *Ef* 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (*1 Ts* 4, 3; cf. *Ef* 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad.

40. El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5, 48). Envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. *Mt* 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó (cf. *Jn* 13,34; 15,12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación



***Dios te quiere santo.***

que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (*Ef 5, 3*) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (*Col 3, 12*) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. *Ga 5, 22; Rm 6, 22*). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. *St 3,2*), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (*Mt 6, 12*).

Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos.

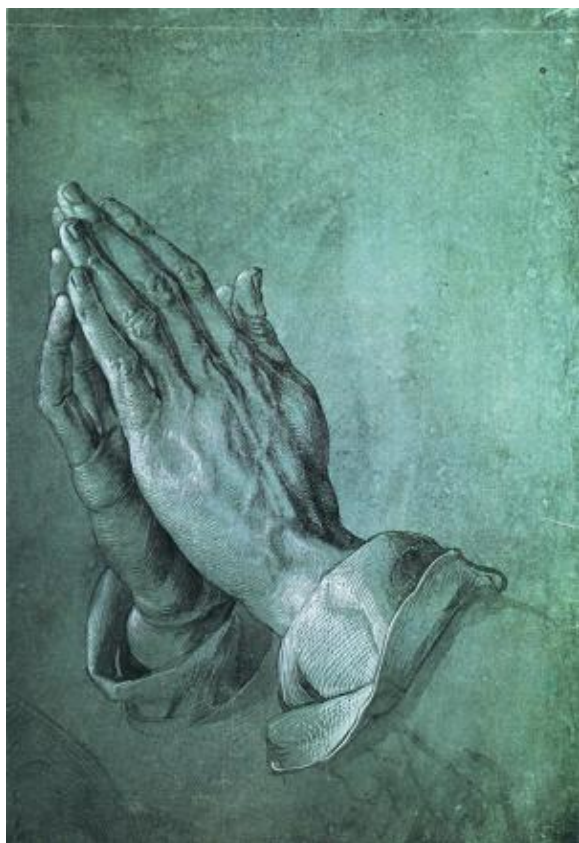
41. Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios.

En primer lugar es necesario que los Pastores de la grey de Cristo, a imagen del sumo y eterno Sacerdote, Pastor y Obispo de nuestras almas, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza. Así cumplido, ese ministerio será también para ellos un magnífico medio de santificación. Los elegidos para la plenitud del sacerdocio son dotados de la gracia sacramental, con la que, orando, ofreciendo el sacrificio y predicando, por medio de todo tipo de preocupación episcopal y de servicio, puedan cumplir perfectamente el cargo de la caridad pastoral. No teman entregar su vida por las ovejas, y, hechos modelo para la grey (cf. *1 P 5,3*), estimulen a la Iglesia, con su ejemplo, a una santidad cada día mayor.

Los presbíteros, a semejanza del orden de los Obispos, cuya corona espiritual forman al participar de su gracia ministerial por Cristo, eterno y único Mediador, crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el diario desempeño de su oficio. Conserve el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en todo bien espiritual y sean para todos un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde en la Iglesia de Dios. Mientras oran y ofrecen el

sacrificio, como es su deber, por los propios fieles y por todo el Pueblo de Dios, sean conscientes de lo que hacen e imiten lo que traen entre manos; las preocupaciones apostólicas, los peligros y contratiempos, no sólo no les sean un obstáculo, antes bien asciendan por ellos a una más alta santidad, alimentando y fomentando su acción en la abundancia de la contemplación para consuelo de toda la Iglesia de Dios. Todos los presbíteros y en especial aquellos que por el peculiar título de su ordenación son llamados sacerdotes diocesanos, tengan presente cuánto favorece a su santificación la fiel unión y generosa cooperación con su propio Obispo.

También son partícipes de la misión y gracia del supremo Sacerdote, de un modo particular, los ministros de orden inferior. Ante todo, los diáconos, quienes, sirviendo a los misterios de Cristo y de la Iglesia deben conservarse inmunes de todo vicio, agradar a Dios y hacer acopio de todo bien ante los hombres (cf. *1 Tm* 3,8-10 y 12-13). Los clérigos, que, llamados por el Señor y destinados a su servicio, se preparan, bajo la vigilancia de los Pastores, para los deberes del ministerio, están obligados a ir adaptando su mentalidad y sus corazones a tan excelsa elección: asiduos en la oración, fervorosos en el amor, preocupados de continuo por todo lo que es verdadero, justo y decoroso, realizando todo para gloria y honor de Dios. A los cuales se añaden aquellos laicos elegidos por Dios que son llamados por el Obispo para que se entreguen por completo a las tareas apostólicas, y trabajan en el campo del Señor con fruto abundante.



Los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, mediante la fidelidad en el amor, deben sostenerse mutuamente en la gracia a lo largo de toda la vida e inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un incansable y generoso amor, contribuyen al establecimiento de la fraternidad en la caridad y se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia, como símbolo y participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a Sí mismo por ella. Ejemplo parecido lo proporcionan, de otro modo, quienes viven en estado de viudez o de celibato, los cuales también pueden contribuir no poco a la santidad y a la actividad de la Iglesia. Aquellos que están dedicados a trabajos muchas veces fatigosos deben encontrar en esas ocupaciones humanas su propio perfeccionamiento, el medio de ayudar a sus conciudadanos y de contribuir a elevar el nivel de la sociedad

entera y de la creación. Pero también es necesario que imiten en su activa caridad a Cristo, cuyas manos se ejercitaron en los trabajos manuales y que continúan trabajando en unión con el Padre para la salvación de todos. Gozosos en la esperanza, ayudándose unos a otros a llevar sus cargas, asciendan mediante su mismo trabajo diario, a una más alta santidad, incluso con proyección apostólica.

Sepan también que están especialmente unidos a Cristo, paciente por la salvación del mundo, aquellos que se encuentran oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos, o los que padecen persecución por la justicia. A ellos el Señor, en el Evangelio, les proclamó bienaventurados, y «el Dios de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de un breve padecer, los perfeccionará y afirmará, los fortalecerá y consolidará» (1 P 5, 10).

Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo.

42. «Dios es caridad, y el que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Y Dios difundió su caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por consiguiente, el primero y más imprescindible don es la caridad, con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él. Pero, a fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, todo fiel debe escuchar de buena gana la palabra de Dios y poner por obra su voluntad con la ayuda de la gracia. Participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en las funciones sagradas. Aplicarse asiduamente a la oración, a la abnegación de sí mismo, al solícito servicio de los hermanos y al ejercicio de todas las virtudes. Pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 3, 10), rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo.

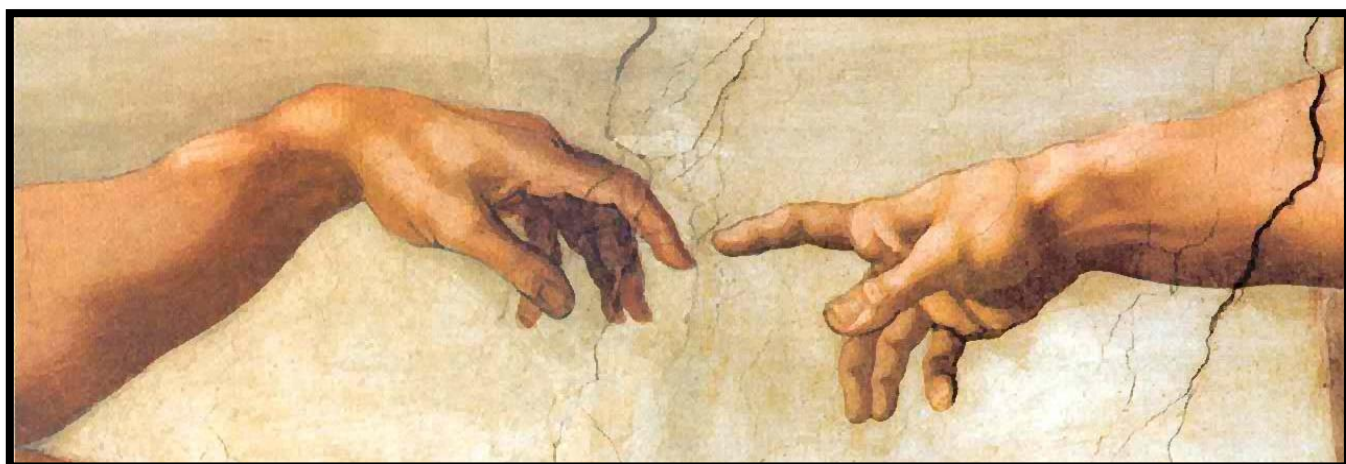
Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor, Y, si es don concedido a pocos, sin

embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.

La santidad de la Iglesia también se fomenta de una manera especial con los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos. Entre ellos destaca el precioso don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre (cf. *Mt* 19, 11; *1 Co* 7, 7) para que se consagren a solo Dios con un corazón que en la virginidad o en el celibato se mantiene más fácilmente indiviso (cf. *1 Co* 7, 32-34). Esta perfecta continencia por el reino de los cielos siempre ha sido tenida en la más alta estima por la Iglesia, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo.

La Iglesia medita la advertencia del Apóstol, quien, estimulando a los fieles a la caridad, les exhorta a que tengan en sí los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual «se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo..., hecho obediente hasta la muerte» (*F/p* 2, 7-8), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (*2 Co* 8, 9). Y como es necesario que los discípulos den siempre testimonio de esta caridad y humildad de Cristo imitándola, la madre Iglesia goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador y dan un testimonio más evidente de él al abrazar la pobreza en la libertad de los hijos de Dios y al renunciar a su propia voluntad. A saber: aquellos que, en materia de perfección, se someten a un hombre por Dios más allá de lo mandado, a fin de hacerse más plenamente conformes a Cristo obediente.

Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado. Estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica les impida la prosecución de la caridad perfecta. Acordándose de la advertencia del Apóstol: Los que usan de este mundo no se detengan en eso, porque los atractivos de este mundo pasan (cf. *1 Co* 7, 31 gr.).





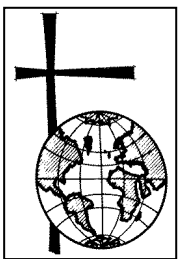
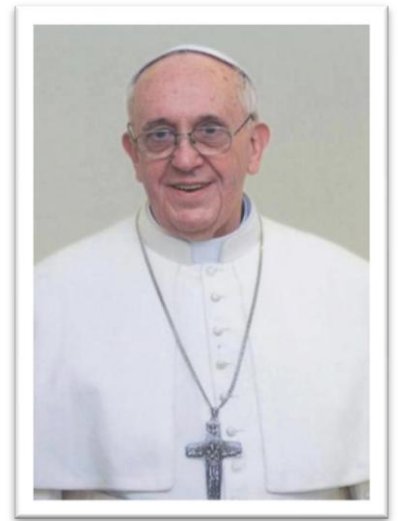
# Intenciones del Papa

**Mes de Noviembre de 2013**

**General:** Que los sacerdotes que experimentan dificultades sean confortados en su sufrimiento, sostenidos en sus dudas y confirmados en su fidelidad.

**Misionera:** Que como fruto de la Misión Continental, las Iglesias en América Latina envíen misioneros a otras Iglesias.

**CEE:** Que los desempleados encuentren un trabajo digno, hallen siempre en la Iglesia la solidaridad de los cristianos, y los gobernantes ofrezcan medidas eficaces para favorecer el empleo.

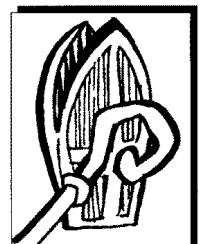


**Mes de Diciembre de 2013**

**General:** Que los niños abandonados o víctimas de cualquier forma de violencia encuentren el amor y la protección que necesitan.

**Misionera:** Que los cristianos, iluminados por el Verbo Encarnado, preparemos la venida del Salvador.

**CEE:** Que el bien incuestionable del matrimonio verdadero y de la familia fundada sobre el matrimonio sea reconocido en nuestra sociedad y desaparezcan las medidas sociales, políticas y legislativas que atentan contra él.



# No olvides...

- ✓ Durante el próximo puente de "La Inmaculada", los días del 5 al 8 de diciembre, tendremos Ejercicios espirituales "internos", para jóvenes, en el Santuario de los Sagrados Corazones. Apunta las responsables de jóvenes María Lázaro y Teresa Martín.
- ✓ El próximo Retiro será los días 20 y 21 de diciembre, con el lema: "*La familia y el Movimiento*". Comenzaremos el viernes por la noche en "la casa" del Santuario de los Sagrados Corazones (antiguos Jesuitas), en Toledo. El sábado, como en otras ocasiones, está pendiente de confirmar, se nos avisará por correo-e.
- ✓ Os animamos a todos a participar en el retiro de Navidad: entregar objetos para la "rifa", aportar ideas para la fiesta que todos los años celebramos (se puede preparar algún teatro o concurso de villancicos, o los dos; llevar panderetas, los niños pueden ir disfrazados...).

## EN LA MISA...

---



*Miramos  
nuestro corazón  
y nos damos  
cuenta  
de nuestras  
faltas...*



*¡Pedimos perdón!*

*Es tan grande  
la bondad  
y el amor  
de Dios  
que lo  
alabamos  
con  
el Gloria.*



*Dios nos habla  
a través  
de su Palabra...*



*¡La escuchamos  
con atención!*

*¡Aleluia!*



*¡En el  
Evangelio  
nos habla  
Jesus  
Resucitado!*

Continuará...